

## MARÍA, A LA ESPERA DEL ESPÍRITU SANTO

Jueves, 6 de diciembre

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, después de haber enumerado los nombres de los once apóstoles, Lucas prosigue con estas palabras. “Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos”. (Hch 1,14). Con esta meditación pasamos del Calvario al Cenáculo; pasamos del Misterio Pascual al Misterio de Pentecostés. “Con el Espíritu Santo, en medio del pueblo está María. Ella reunía a los discípulos para invocarlo, y así hizo posible la explosión misionera que se produjo en Pentecostés. Ella es la Madre de la Iglesia evangelizadora y sin ella no terminamos de comprender el espíritu de la nueva evangelización” (EG, 284).

Gracias al Espíritu Santo, nosotros podemos imitar a María en la Encarnación, concibiendo y dando a luz a Cristo y haciéndonos también nosotros, espiritualmente, su madre; y, gracias también al Espíritu Santo, nosotros podemos imitar a María en el Misterio Pascual, estando como ella, con fe y esperanza, al pie de la cruz.

María, que al pie de la cruz ha aparecido ante nosotros como Madre de la Iglesia, aquí, en el Cenáculo, aparece como su *madrina*. Una madrina fuerte y segura. La madrina, para poder realizar su tarea, debe ser alguien que ya ha recibido el bautismo. Así sucede con María: ella es una bautizada por el Espíritu que ahora apadrina a la Iglesia en su bautismo del Espíritu. Si los bautizados son adultos, la madrina les acompaña en la preparación; y eso es lo que hizo María con los apóstoles y lo que hace también con cada uno de nosotros.

Los apóstoles, después de recibir el Espíritu Santo, se lanzan de inmediato a predicar por las calles y las plazas; después se marchan, fundan y dirigen Iglesias. Pero de María no se dice nada. Ella permanece, idealmente, en oración junto con las mujeres, en el Cenáculo, mostrando que en la Iglesia la actividad, incluso la que se hace por el Reino de Dios, no lo es todo, y que no se puede prescindir de las almas orantes que la sostienen. María es el prototipo de esta Iglesia orante.

¿Podemos saber algo de esta oración de la Virgen? Si la esencia de la oración es el deseo de Dios que brota de la fe, la esperanza y la caridad, María ha conocido la oración continua, pues continuo era su deseo de Dios y su deseo del reposo eterno.

Si, como en las meditaciones de los días pasados, consideramos a María como el espejo en el que se ha de mirar la Iglesia, ¿Qué nos dice María con su presencia en el Cenáculo el día de Pentecostés, con su presencia orante en la comunidad cristiana? Fundamentalmente tres cosas: primera, que antes de emprender cualquier cosa y de lanzarse por los caminos del mundo, la Iglesia necesita recibir el Espíritu Santo; segundo, que el modo de prepararse a la venida del Espíritu Santo es sobre todo la oración; tercero, que esta oración ha de ser asidua y unánime.

*En primer lugar*, la venida de Espíritu Santo a unos discípulos atemorizados, pero que esperan el cumplimiento de la promesa que el Señor les había dicho, les reviste del poder de lo alto, empiezan a predicar con valor ante la multitud y surge la primera comunidad cristiana. Esto sigue valiendo para nosotros hoy. No se puede predicar con éxito por las calles sin haber pasado anteriormente por el Cenáculo para ser revestidos del poder de lo alto. Todas las cosas de la Iglesia, o toman fuerza y sentido del Espíritu Santo o carecen de fuerza y de sentido cristiano. Como nos ha escrito nuestro obispo en su carta pastoral “Con María, discípulos misioneros de Jesucristo”: “En esta hora novedosa y apasionante de la historia, se nos pide que mostremos el Evangelio con toda su radical intensidad y que seamos carta escrita del señor con nuestra propia vida”,

*En segundo lugar*, para la recepción del Espíritu Santo, como en Pentecostés, hay que prepararse con la *oración*. Mientras la Iglesia estaba en oración, “de repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente...y se llenaron todos de Espíritu Santo” (Hch 2, 2-4). El Espíritu Santo no se le puede comprar, sólo se le puede implorar mediante la oración. Como nos ha recordado el papa Francisco: “Sin momentos detenidos de oración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades y el fervor se apaga” (EG, 262).

*En tercer lugar*, ¿cómo fue la oración de María y los apóstoles? Fue una oración “unánime y perseverante”. *Concorde* o *unánime* significa, literalmente, hecha con un solo corazón y con una sola alma. El Espíritu Santo es comunión; es el vínculo mismo de la unidad, tanto en la Trinidad como en la Iglesia. No lo puede recibir quien se pone fuera de la unidad. Es necesario, nos dice san Pablo, tratar de conservar la “unidad del Espíritu con el vínculo de la paz” (Ef 4,3). Pero la oración ha de ser también *perseverante*, es decir, insistentes, que nos ocupe con asiduidad y constancia. Así, nuevamente, san Pablo nos recuerda “orad en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con constancia” (Ef 6,18). Pero lo esencial de esta enseñanza nos viene del mismo Jesús, el cual nos recordó que “es necesario orar siempre, sin desfallecer” (Lc 18,1).

Pero orar largamente, con *perseverancia*, no significa orar con muchas palabras. *Perseverar* en la oración significa orar a menudo, no dejar de orar, no dejar de esperar, no rendirse nunca. Significa no concederse descanso y no concedérselo tampoco a Dios.

Cuando a solas ante Dios nos disponemos a hacer oración en nuestro cuarto, en un oratorio o ante el Santísimo Sacramento, debemos creer, con todo nuestro corazón, que Dios está presente. Independientemente de lo que podamos sentir o no sentir; de nuestros méritos; de nuestra preparación; de nuestra capacidad o incapacidad para tener hermosos pensamientos, de nuestro estado de ánimo, Dios está junto a nosotros, nos mira y nos ama. Está ahí, no porque lo merezcamos o lo sintamos, sino porque lo ha prometido: Tú, en cambio, cuando vaya a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará” (Mt 6, 6). Antes de que nos pongamos en su presencia, Dios ya está ahí,

porque es Él quien nos invita a encontrarle. Dios nos desea infinitamente más de lo que nosotros le deseamos a Él.

La vida de oración no está reservada a una elite de “espirituales”; es para todos. La frecuente sensación de que “eso no es para mí, es para personas más santas y mejores que yo”, es contraria al Evangelio. Debemos creer que, a pesar de nuestras dificultades y debilidades, Dios nos dará la fuerza necesaria para perseverar.

El que se inicia en la vida de oración debe estar absolutamente seguro de que, si *persevera*, recibirá infinitamente más que lo que se atreve a pedir o a esperar. No porque lo merezca, sino porque Dios lo ha prometido. “Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, le abrirán” (Lc 11, 9). Cuando no se ven los frutos con la rapidez deseada, suele presentarse la tentación de abandonar la oración. Esta tentación debe ser rechazada inmediatamente por medio de un acto de fe en que la promesa divina se cumplirá en su momento. “Hermanos, tened, pues, paciencia hasta la venida del Señor. Fijaos en el labrador, que espera con paciencia que la tierra dé su precioso fruto, hasta recibir las lluvias tempranas y tardías. Tened también vosotros paciencia y fortaleced vuestro ánimo, porque la venida del Señor está cerca (Sant 5, 7-8).

Quien emprende el camino de la oración debe luchar, en primer lugar, por la *fidelidad*. Lo que importa sobre todo no es conseguir una oración hermosa y gratificante, sino una oración fiel y perseverante. Dicho de otro modo, no hay que fijarse en la calidad de la oración; hay que fijarse ante todo en la fidelidad en la oración. La calidad será fruto de la fidelidad. En la vida de oración, la primera batalla que hemos de ganar (tras comprometernos con ella seriamente) es la batalla de la *fidelidad* a toda costa, según el ritmo que hayamos fijado. Y no es una batalla fácil.

Después de la fe y de la fidelidad hay otra actitud interior fundamental para quien desea perseverar en la oración: *la pureza de intención*. Jesús nos dijo: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5, 8). Limpio de corazón no es el que está limpio de pecado, el que no tiene nada que reprocharse, sino el que tiene la intención sincera de olvidarse de sí mismo para agradar a Dios en todo lo que hace, de vivir para Él y no para sí mismo. No debemos hacer oración por el deleite o los beneficios que nos reporte, sino principalmente porque Él nos lo pide. No para nuestro gozo, sino para el gozo de Dios.

Un modo práctico y sencillo para perseverar en la oración con María, la Madre de Jesús, es el Rosario, con el cual podemos revivir todos los misterios y transformar en oración toda la historia de salvación. María sabe reconocer las huellas del Espíritu de Dios en los grandes acontecimientos y también en aquellos que parecen pequeños. Le rogamos, con palabras del papa Francisco, que con su oración maternal nos ayude para que la Iglesia llegue a ser una casa para muchos, una madre para todos los pueblos y haga posible el nacimiento de un mundo nuevo.